

Bordar el Atrato

Memorias y recomposiciones parciales de vidas ribereñas

Natalia Quiceno Toro

■ Doi: 10.54871/ca26ns10

Una composición de árboles diversos, arbustos y plantas, en compañía de diferentes animales, pájaros rojos, babillas, peces, jaguares, todos atravesados por un gran río, le da forma a la primera franja del telón Choibá Atrateño. La segunda franja compone un espacio de habitación, un conjunto de casas de diversos colores a la orilla del río. Gente, canoas, agua. Movimiento. La tercera franja es un conjunto de flores bordadas con hilos de muchos colores. El Choibá es un árbol atrateño que se destaca por su resistencia y flores moradas, estas dos características son retomadas para designar al grupo de mujeres Artesanías Choibá que nace en el año 1998 en la región del río Atrato, Colombia, como una apuesta para reconstruir la vida de mujeres víctimas del conflicto armado.

En un trabajo realizado con este colectivo de artesanas y con el grupo Artesanías Guayacán de Bojayá, en el marco del Laboratorio Visiones de Paz en América Latina de CALAS, me pregunté:

¿Cómo se habitan los legados de la guerra?, ¿qué se hace con lo dañado, las ruinas, los escombros, los muertos insepultos, los rituales inconclusos, los ríos envenenados y los pueblos desterrados?, ¿de qué

modo las prácticas y los espacios generizados intervienen en la posibilidad de rehabilitar esos mundos dañados? (Quiceno, 2021, p. 3)

En este capítulo retomo la experiencia del bordado en relación con la lucha por las vidas ribereñas que desde diversos lenguajes y estrategias organizativas las mujeres negras de la cuenca del río Atrato han impulsado. El bordado es practicado por estos dos grupos de artesanas en vínculo con otra serie de acciones que han logrado crear lo que llamo *ecologías del duelo*, una red de cuidado y cura de heridas causadas por la guerra que involucra diversos agentes para hacer posible la continuidad de la vida con otros. El duelo aquí no tiene entonces el sentido de “pasar la página”, de “dejar atrás”. Se trata de un duelo incorporado, que se hace cargo de la pérdida y la entiende como constitutiva de la vida que se debe continuar. Los bordados que reclaman la vida ribereña en su narrativa, también lo hacen de manera contundente en los procesos creativos que los traen a la existencia, así como en los circuitos por los que se embarcan cuando viajan acompañando las luchas de estos colectivos.

Situadas en la cuenca del río Atrato, tres telones o piezas textiles que componen paisajes donde se conjugan las prácticas económicas, la experiencia de resistir al despojo en medio del destierro y la lucha por dignificar a los muertos de la masacre del 2 de mayo de 2002 nos dejan ver cómo lo que aquí llamo vidas ribereñas es una composición de seres donde la vitalidad no implica la comprensión del río solo como fuente de recursos para la subsistencia, sino como espacio donde se juega la búsqueda de un equilibrio permanente, es decir, el río aparece aquí en tanto agente que hace posible el mantenimiento de relaciones vitales existentes, así como la creación de nuevas, lo que también la gente reconoce como “el vivir sabroso” (Quiceno, 2016).

Bordar en territorios afectados por la guerra

En la región del Medio Atrato del Pacífico Colombiano, los tiempos más difíciles de la confrontación armada son narrados como el tiempo en el que “el río se cerró”. En el tiempo presente se viven múltiples crisis y se pone de relieve que, a pesar de las apuestas por la paz, la persistencia de la guerra se agudiza en medio de desigualdades históricas y emergencias globales. La sentencia T-622 del año 2016 de la Corte Constitucional reconoció el río Atrato, su cuenca y afluentes, como una entidad sujeta de derechos, lo que implica acciones y políticas para la protección, conservación, mantenimiento y restauración a cargo del Estado y las comunidades étnicas.

Esta sentencia es de gran importancia en tanto instrumento jurídico que reconoce la protección de la cuenca como una condición vital para garantizar los derechos fundamentales a la vida, a la salud, al agua, a la seguridad alimentaria, al medio ambiente sano, a la cultura y al territorio de las comunidades étnicas de la región. Como lo plantea la bióloga colombiana Brigitte Baptiste (2018), este nuevo marco jurídico nos pone frente a un problema fundamental, “los ríos dicen cosas, pero hay que saber escucharlos”, y advierte que “si vamos a negociar con los ríos y las montañas, que sea con el respeto que se merecen, no convirtiéndolos en mascotas”. Para esto es clave entonces valorar las formas como históricamente se han relacionado los pueblos indígenas y afrodescendientes con sus ríos. Comprender qué vidas ha hecho posibles ese río y cuáles son las formas en que la guerra y los conflictos ambientales en la región han roto las relaciones entre ríos y gente.

Habitar los territorios contaminados, destruidos, abandonados y producidos por el conflicto armado implica también resistir a la imaginación geográfica de unos territorios devastados y vacíos donde todo debe comenzar de nuevo. Como bien lo muestran Aurora Vergara (2014), Diana Ojeda (2016) y Eloisa Berman-Arévalo

(2017), se debe cuestionar la creación de categorías que contribuyan al borramiento de una larga historia de relaciones de las poblaciones locales con sus territorios. En muchas ocasiones, las políticas que atienden a las víctimas del conflicto armado y a quienes han vivido procesos intensos de destierro también se sostienen en representaciones racistas que discriminan y subvaloran los modos de vida ribereña y han servido para promover modelos de intervención y presencias autoritarias que, en nombre de la paz o la reparación, atentan contra los paisajes que los textiles de las mujeres artesanas reclaman. Paisajes y cuerpos que han sido racializados y en esa medida representados como lugares y vidas exentos de valor, atrasados o subdesarrollados.

Bordar el río como lo hacen las mujeres artesanas de los colectivos de Choibá y Guayacán es una invitación a seguir con el problema (Haraway, 2016), es mantener vivo el reto de dimensionar los efectos del despojo y el destierro que ha traído el conflicto armado en la cuenca del Atrato, así como los paisajes y espacios que ha producido (Ojeda, 2016; Hernández, 2019). Recordar el legado de paisajes y de prácticas de destrucción de la vida permite comprender cómo estas se entrelazan con las condiciones de precariedad generadas por la guerra y con aquellas que se remontan a siglos de explotación de mano de obra esclavizada.

La minería en la cuenca del Atrato no siempre fue extractiva. Heredada de los órdenes coloniales, es reconocida como una de las prácticas productivas propias de las comunidades negras y forma parte de un sistema que se articula desde hace siglos con la pesca, la agricultura, la cría de especies menores, la siembra de medicina y el aprovechamiento forestal, promoviendo modos de trabajo colectivo, intercambios y autonomía (Londoño, 2018). En los ríos de la cuenca, el oficio de la minería se realizaba como una tarea familiar que sumaba a la economía del hogar, una manera de complementar otras actividades de subsistencia: sacar oro para comprar telas, ropa, útiles escolares, para tener efectivo, ya que el alimento estaba cubierto por las demás actividades agrícolas y pesqueras.

Sacar oro demandaba el cuidado de las relaciones colectivas y familiares, así como de las relaciones con otras comunidades, espacios y especies.

Las familias campesinas agromineras sobrevivieron a diversos auges y caídas de la economía regional (Meza, 2018) y lo hicieron desde el siglo XVIII hasta la entrada de la minería extractiva que vino con el conflicto y se alimentó del desplazamiento y la subida de los precios del oro. Las autoridades locales permitieron el ingreso de maquinaria y el “alquiler” de los terrenos familiares dentro de tierras colectivas para sacar este mineral. La economía tradicional fue desplazada por la minería extractiva, que dejó a su paso grandes cantidades de mercurio que contaminarían el río y los peces, principal fuente de proteína para las personas que habitan la zona. Este desplazamiento estuvo anclado a proyectos racistas:

El conflicto social y armado introdujo la visión del monte como improductivo, insostenible y poco rentable, una geografía imaginada, espacialmente enraizada y propia del racismo decimonónico, que ha legitimado las intervenciones civilizatorias y desarrollistas de domesticación de selvas tropicales en la región (Meza, 2018, p. 93).

Esa geografía imaginada se concreta en la cuenca del Atrato también desde la imposibilidad de navegar libremente que imponen diversos grupos armados, que controlan la circulación en la región y han vuelto, en “tiempos de paz”, a producir espacios de miedo y horror.

En una columna publicada en la página de la Comisión de la Verdad el 19 de mayo de 2020, la comisionada Ángela Salazar escribió sobre el alma de los ríos, el alma del Atrato. Recordó que “al río lo mancharon de sangre, lo llenaron de dolor y le ahogaron su voz con el trueno de las armas” (Salazar, 2020). En esta columna la comisionada rememora una conversación con un grupo de mujeres desplazadas de sus tierras, que hoy viven en la ciudad de Quibdó y que trabajan para recuperar el tejido espiritual de los pueblos

negros. Su queja era que ni en momentos donde se trata de construir la paz es posible despedir como es debido a los muertos.

Es un dolor individual, familiar, pero también colectivo; cuando habíamos creído que la guerra quedaba atrás, que la fuerza y la importancia de la vida, de los usos y tradiciones comunitarias podían recuperarse, es muy duro que no podamos enterrar a nuestros muertos; necesitamos que tanto los que se van como los que nos quedamos podamos estar en paz (Salazar, 2020).

La imposibilidad del descanso de vivos y muertos también se conecta en esta columna con el bienestar del río. Restaurar el río, desde esta perspectiva, implica también sanarlo de ese exceso de muerte, de los bloqueos de los armados, del mercurio y las nuevas especies de peces que llegaron con proyectos productivos a crear desequilibrios ecológicos. Sustancias, objetos, especies, muertos sin descanso que, en palabras de la comisionada, “se han apropiado de las aguas”. Las diversas narrativas del río que conectan paisajes y espiritualidades evidencian experiencias donde la memoria y los usos políticos del pasado no se concentran exclusivamente en documentar eventos o acontecimientos donde los derechos humanos han sido vulnerados. En los telones, en las memorias que aquellas mujeres compartían con la comisionada, se reclaman unas relaciones que hacen la vida con el río y que permiten resistir a las lógicas de gobierno y las relaciones con la diferencia que producen cuerpos y territorios vaciados, laboratorios de muerte (Vergara, 2014).

Las mujeres artesanas y sus bordados nos invitan a “permanecer con el problema” (Haraway, 2016) como una forma de contestar soluciones y diagnósticos generales. Nos invitan a pensar la etnografía desde el bordar, pescar, cocinar y embarcarse con ellas, a reconocer que estar allí implica hacer, disposiciones corporales, acciones y relaciones; no solo “analizar” y “racionalizar” los problemas y sus posibles soluciones. Se trata de hacer y nombrarse

árbol, insistir en habitar el río, volver al monte, contarles a los hijos otras vidas posibles en esas tierras.

Paisajes bordados y recomposición de vidas

Imagen 45



*Choibá Atrateño
Recias raíces, selva,
vida y fuerza
Mi vida y mi negrura
Flores moradas,
ramas siempre verdes:
Mi amor y mi ternura
Bello Choibá gigante
de los bosques:
Mi vida y mi cultura
GONZALO DE LA TORRE*

Fotografía: Laura Junco, 2019. Archivo Digital de Textiles Testimoniales

Reconstruyendo el momento y las condiciones en las que se decide hacer el telón llamado Choibá Atrateño, las mujeres recuerdan que fue en el tiempo de la movilización del Atrataiando: estábamos “tratando de abrir el río”, volver a embarcarse y confrontar los bloqueos que a finales de los noventa e inicios de la década del 2000 imponían los diferentes grupos armados sobre la movilidad en la cuenca. En esa movilización, que involucró a muchas organizaciones y acompañantes internacionales, las artesanas de Choibá dieron, como forma de agradecimiento, a sus acompañantes un telón con el nombre de cada organización. Esto las impulsó a bordar uno para ellas mismas en el año 2005. Además de esa importante movilización, los detalles que llegaban a la memoria sobre quién, dónde y cómo bordaron su telón se componen de eventos importantes en sus vidas como artesanas, eventos que, al compartir, las han convertido en una gran familia extensa. Los embarazos de las

compañeras, el momento del bautizo de un nuevo bebé, el inicio de la escuela del hijo de otra, el tiempo del taller en el barrio Villa España, y las edades de sus hijos que siempre han acompañado el trabajo cotidiano del bordado...

Al preguntarles por lo que la pieza representa para ellas, las artesanas de Choibá replican: “Representa nuestro trabajo, nuestra alegría”. “Las manos y el trabajo de las compañeras que ya no están, que han muerto”, así como la historia de cualificación del bordado, convirtiéndolas en su persistencia, en artesanas reconocidas el día de hoy. El telón es su vida y por lo tanto la vida de la selva, el monte, la finca de sus familias, el río. El telón articula tres ejes de la vida ribereña: los espacios de trabajo en el monte, las prácticas productivas que le daban sustento y autonomía, la vida en el pueblo que habla de la vida comunitaria y las flores que alegraban el corazón. Estos espacios y elementos que daban vitalidad y permitían reproducir la vida con el río es lo que sienten que han perdido con el destierro. “Ahí estamos reflejando la vida en el campo, que uno vivía rodeado de las plantas, los árboles, las flores. En cambio, aquí en Quibdó... Mmm”. En Quibdó la vida es otra, pero entonces ¿por qué insistir en narrar el río desde el trabajo cuidadoso del bordado? Para contarle “a los muchachos como vivíamos”, responde Luz.

Para Choibá, bordar su memoria es un modo de reclamar el territorio del que fueron desterradas en 1996 cuando la incursión paramilitar y militar entra a la cuenca del río estigmatizando a las comunidades negras e indígenas de la región como guerrilleras y despojándolas de sus tierras. Llevan veinte años viviendo en la ciudad de Quibdó; la vida en el destierro ha sido una tarea difícil. Hacen muñecas de trapo, bordan y tejen desde 1998, cuando se tomaron el coliseo de Quibdó, junto con otras familias, exigiendo al gobierno acciones concretas para atender a los desplazados y frenar el destierro. Estos oficios las han reunido y mantenido a flote. Para la conmemoración de los veinte años de trabajo textil deciden bordar un nuevo telón cuyo eje narrativo vuelve a ser el río Atrato y el poema del Choibá. En él cada mujer bordó su nombre y

creó un paisaje en el que aparece un oficio de su tierra (imagen 46). Esta composición vital de río, árboles, monte, oficios y personas es una forma cuidadosa de mantener viva la cuenca del Atrato y sus oficios, de invitar a sembrar y pescar, en un contexto en el que el conflicto armado y los proyectos extractivos debilitan la vida, deforestan el bosque, envenenan el río y crean despojo.

Imagen 46



Fotografía: Adriana Villamizar

Hacer memoria desde la narrativa textil les ha permitido crear nuevos vínculos, redes de apoyo, transformar su lugar de enunciación

y contestar las prácticas racistas que las excluyeron y discriminaron en su condición de “desplazadas”. El telón recuerda la fuerza de su territorio, a la vez que recuerda “la fuerza que tuvimos cuando llegamos, cuando fuimos discriminadas por ser desplazadas, en el bordado encontraron inspiración y ayuda para el sustento”.

Las mujeres de Choibá son reconocidas especialmente por sus muñecas negras, las que nacieron como un regalo para sus hijos en la navidad de 1998 en medio de la toma del Coliseo. Los paisajes y espacios que resalta el telón se complementan con las muñecas porque el territorio, la vida que cuidan y defienden incluye sus cuerpos; no son dos cosas separadas. Cuando hablan de las muñecas insisten en que estas representan su negritud y su identidad: muñecas que recuerdan la infancia y las muñecas que les hacían sus madres en las comunidades rurales con retazos. Las primeras muñecas representan la tristeza de estar lejos de su territorio; fueron muñecas hechas con mucho dolor. Pero continuar haciendo, mantener vivo el encuentro con otras mujeres, aprender ese oficio, les permitió reconstruir modos de subsistir en una nueva ciudad.

Desde el taller de costura y el apoyo que han recibido de Ursula Holzapfel, de la Comisión Vida, Justicia y Paz, las casas en la ciudad fueron tomando forma, con retazos de antiguas casas, madera de sus comunidades en el bajo Atrato y lo poco que iban juntando con su trabajo de artesanas. Lograron tener nuevamente una casa. Muchas de ellas volvieron a sembrar sus plantas y flores, hicieron de Choibá una escuela y una nueva familia. Ese daño acumulado lleva décadas, tal vez generaciones, en irse recomponiendo, y aunque nunca se recupera del todo, lo que enseñan las artesanas de Choibá es a reclamar sus paisajes, vidas y memorias desde los nuevos espacios que se vieron forzadas a habitar.

Imagen 47



Fotografía: Natalia Quiceno Toro

El enunciado “No somos números, somos personas” acompaña varias cruces bordadas con números que sitúan el cementerio de Bellavista en Bojayá, Chocó. Este es el telón bordado a muchas manos por el colectivo de mujeres Artesanas Guayacán, donde se hace memoria del proceso de exhumación, identificación y entierro digno de los muertos de la masacre de Bojayá, que tuvo lugar el 2 de mayo de 2002. El entierro digno se llevó a cabo el 18 de noviembre de 2019, diecisiete años después. La profundidad de ese enunciado bordado y los gestos que lo componen en una larga lucha de los pueblos afro e indígenas del río Atrato nos traen materialmente las conexiones que a lo largo de este capítulo hemos trazado entre las vidas ribereñas y el bordado. La necesidad de protección del río para el sostenimiento de la vida de las comunidades atrateñas implica comprender las dimensiones más que ambientales que constituyen esa vida ribereña. El movimiento que posibilita el río

es también el mantenimiento de la vida y cuidado de los muertos, la pervivencia de las prácticas mortuorias.

La guerra en Colombia ha dejado miles de muertos insepultos, desaparecidos, cuerpos sin identificar. Fosas, cementerios abandonados y tumbas sin nombres son legados de la guerra que configuran lo que la geógrafa colombiana Diana Ojeda (2015) ha llamado paisajes cotidianos del despojo. El proceso de exhumación, identificación y entierro de las víctimas mortales de la masacre puso en escena debates sobre los sentidos de los duelos abiertos. Allí, palabras como cerrar, armonizar, descansar se asociaron con debates sobre esclarecimiento, reparación y medidas de satisfacción de las víctimas. El contexto de los diálogos de paz en La Habana y el reconocimiento de responsabilidades por parte de las FARC frente a las comunidades bojayaceñas en 2015 logró comprometer a diversas instituciones para emprender un trabajo de saldar una de las tantas deudas con las víctimas de Bojayá para, en ese camino, los sobrevivientes cumplir las obligaciones espirituales con sus muertos.

Para algunas de las mujeres de Bojayá que retornaron a su pueblo después de la masacre del año 2002, las vidas que se perdieron estaban vinculadas a los conocimientos locales, con las 102 personas asesinadas en la masacre también se perdieron saberes y prácticas que sustentaban la vida en comunidad. Asimismo, recomponer la relación con los muertos diecisiete años después implicó recomponer relaciones con el río que se habían también fracturado en la reubicación de su pueblo lejos del río en una intervención del Gobierno nacional en 2007. Una de las principales consecuencias de la reubicación posterior a la masacre fue la ruptura de las conexiones entre río, monte y gente, la pérdida de la autonomía alimentaria y la dependencia del dinero para sobrevivir (Quiceno, 2016).

En el salón comunitario del grupo Guayacán en el pueblo de Bellavista en febrero de 2023 se encontraron mujeres bordadoras y cantadoras para hacer memoria del proceso de exhumación.

Recordar el balance de un trabajo intenso después de más de una década de lucha se logró concretar en noviembre de 2019. La elaboración colectiva del telón *Exhumación e inhumación y entierro digno. Nuestras víctimas, 2 de mayo de 2002. Bellavista - Bojayá - Chocó - Colombia* implicó hacer memoria de los diferentes momentos por los que pasaron los cuerpos de sus familiares asesinados en una experiencia sistemática de violación de sus derechos y sobre todo de su dignidad. En esos diversos momentos trazados en la conversación, la representación colectiva y el bordado cuidadoso a muchas manos, también emergió la memoria de líderes y lideresas fallecidos que fueron fundamentales en el camino por alcanzar un entierro digno. Después de acordar los momentos, personajes y narrativa que tendría el telón, un grupo de jóvenes embera liderado por Heidy Palacios, hija de uno de estos líderes fallecidos, hicieron un hermoso trabajo de dibujo para guiar a las bordadoras en el trabajo que se extendería durante dos meses circulando el telón entre diversas casas para bordar en el tiempo libre y bordando de forma simultánea cuando se encontraban en el espacio colectivo del grupo Artesanías Guayacán.

Este telón ha emprendido varios viajes y participado de diversos espacios de acción ritual y política, entre ellos la conmemoración de los veintiún años de la masacre, la participación con la voz de las cantadoras en un intercambio de conocimiento sobre exhumaciones y conocimientos mortuorios con naciones indígenas de Canadá en mayo de 2023, así como la exposición “Todos los ríos el río”, una muestra de diversas obras de arte y objetos que invitan al dialogo sobre los ríos en Colombia con un foco en la vida del río Atrato.

Aprender con los textiles elaborados por estas artesanas permite acercarse a los hilos que organizan la vida en común cuando esta ha estado atravesada por un entramado de violencias. Desde los textiles y su oficio como artesanas, estas mujeres rehabilitan conexiones y relaciones que han sido destruidas por la guerra. Estas recomposiciones son siempre parciales, como diría Donna

Haraway, pues como bien lo muestran los tres telones, y sus contextos de emergencia, las diversas violencias se ven enmarañadas con las resistencias cotidianas porque la amenaza es permanente.

Conclusiones

Vidas ribereñas controladas, confinadas y contaminadas son lo que produce actualmente la continuidad de la guerra, la idea de que reparar o restaurar lo dañado es comenzar desde cero en lugares “vacíos”, sin conocimiento y apuestas de futuro, así como la proliferación de modos de vida mercantilizados dependientes del dinero, donde proliferan prácticas como las economías extractivas, el narcotráfico y el asistencialismo. La producción de estas vidas tiene en común el bloqueo del movimiento como fuerza vital de los pueblos ribereños. Moverse, embarcarse, activar a través del movimiento las fuerzas necesarias para la reproducción de la vida. Todo ello es capturado en un modelo de inmovilidad, de sujetos a la espera, o de sujetos confinados. Atentar contra los modos como los pueblos sustentan y buscan reproducir sus modos de vida es entonces una modalidad que cada vez más encuentra estrategias más sofisticadas, una modalidad de despojo, que no solo atenta contra modos de propiedad colectiva o apropiación de recursos. Aquí vemos cómo reconfigurar o impedir las prácticas cotidianas de movimiento en las comunidades se convierte en un dispositivo potente para atentar contra las prácticas de reproducción de la vida.

Los textiles elaborados por los grupos de mujeres de Artesanías Choibá y Artesanías Guayacán traen al presente la vida ribereña despojada y la reivindican como posible, como deseable. El hacer textil les permite a las mujeres emprender diálogos intergeneracionales sobre lo sucedido en medio del conflicto armado y activar pedagogías textiles para la paz (González et al., 2022). A pesar de que son consideradas prácticas menores que no tienen

incidencia en las apuestas políticas colectivas, estos trabajos, desde los espacios de costura, comadreo y creación, defienden el territorio bordando y cantando. En última instancia, son prácticas de cimarronaje para las mujeres que han huido de la guerra y deben enfrentar el reto de hacer la vida nuevamente. Prácticas que ponen en marcha “políticas de la habitabilidad” (Langwick, 2018), es decir, que reavivan fuerzas para hacer lugares, tiempos y cuerpos habitables nuevamente.

Esas prácticas y materialidades textiles no solo narran, nombran o representan horrores y dolores. Las mujeres artesanas reivindican en sus prácticas el sostenimiento de modos de vincularse entre ellas, con su pueblo y su territorio. Desde el hacer textil podemos ver como crear ecologías del duelo es también crear ambientes donde las personas, los cuerpos y sus historias puedan afectarse mutuamente sin dañarse más, mediadores como los textiles o los cantos son claves para permitir esta creación de espacios compartidos, de relaciones de cura que hacen el trabajo del duelo algo colectivo, un trabajo que pasa por restituir la posibilidad de ser y pensarse con otras, pero también con su río, sus muertos, su territorio.

Bibliografía

Baptiste, Brigitte (2018). Negociar con ríos. *Revista Semana*. <https://www.semana.com/opinion/articulo/la-importancia-de-los-rios-columna-de-opinion-de-brigitte-baptiste/557113/>

Berman-Arévalo, Eloísa (2017). *Making Space in the “Territorial Cracks.” Afro-Campesino Politics of Land and Territory in the Colombian Caribbean* [Tesis de doctorado]. University of North Carolina at Chapel Hill Graduate School.

González-Arango, Isabel et al. (2022). Pedagogías textiles sobre el conflicto armado en Colombia: activismos, trayectorias y transmisión de saberes desde la experiencia de cuatro colectivos de mujeres en Quibdó, Bojayá, Sonsón y María La Baja. *Revista de Estudios Sociales*, 79, 126-144.

Haraway, Donna (2016). *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene*. Duke University Press.

Hernández-Reyes, Castriela (2019). Black Women's Struggles against Extractivism, Land Dispossession, and Marginalization in Colombia. *Latin American Perspectives*, 46(2), 217-234.

Langwick, Stacey Ann (2018). A Politics of Habitability: Plants, Healing, and Sovereignty in a Toxic World. *Cultural Anthropology*, 33(3), 415-443.

Londoño, Sterlin (2018). Atrato: majestuoso y ancho río. En *Majestuoso Atrato. Relatos bioculturales del río: reflexiones académicas y comunitarias de realidades y futuros del Chocó*. Fundación Heinrich Böll.

Meza, Carlos Andrés (2018). El caso de la minería mecanizada ilegal en el municipio de Río Quito, Chocó. En Fundación Heinrich Böll, *Majestuoso Atrato. Relatos bioculturales del río: reflexiones académicas y comunitarias de realidades y futuros del Chocó*.

Ojeda, Diana (2016). Los paisajes del despojo: propuestas para un análisis desde las reconfiguraciones socioespaciales. *Revista Colombiana de Antropología*, 52(2), 19-43. <https://revistas.icanh.gov.co/index.php/rca/article/view/27>

Ojeda, Diana et al. (2015). Paisajes del despojo cotidiano: acaparamiento de tierra y agua en Montes de María, Colombia. *Revista de Estudios Sociales*, 54, 107-119.

Quiceno, Natalia (2016). *Vivir Sabroso. Luchas y movimientos afro-atrateños en Bojayá, Chocó*. Universidad del Rosario.

Quiceno, Natalia (2021). *Bordar, cantar y cultivar espacios de dignidad: ecologías del duelo y mujeres atrateñas*. San José: Universidad de Costa Rica, Centro de Investigaciones Históricas de América Central, CALAS-Laboratorio Visiones de Paz.

Salazar, Ángela (19 de mayo de 2020). Los ríos tienen alma, hay que recuperarla. *Comisión de la Verdad*. <https://comisiondelaverdad.co/actualidad/blogs/los-rios-tienen-alma-hay-que-recuperarla>

Vergara, Aurora (2014). Cuerpos y territorios vaciados ¿En qué consiste el paradigma de la diferencia? ¿Cómo pensamos la diferencia? *Revista CS*, 13, 338-360.

